

DOS CUENTOS

Érase que se era en la era de la pera un monstruo, principió a relatar la madre, a Nancy, su hija, que más que oír cuentos quería jugar. Un monstruo con cuatro patas, continuó la madre, patas que no podía doblar y que terminaban en largas pezuñas de metal dorado. Su cuerpo era grande y cúbico. Me imagino que ya en la escuela te habrán enseñado lo que quiere decir cúbico, preguntó a la niña sin esperar respuesta. Ese cuerpo tenía un solo ojo, continuó, un ojo enorme, resplandeciente. Pues bien, dijo la madre; la niña del cuento, que se llama Nancy, igual que tú, no le tenía miedo, al contrario, diariamente lo buscaba y se pasaba horas enteras frente a él contemplándolo sin saber el daño que le causaba. No sabía que dicho monstruo la tenía hipnotizada y que cada segundo que transcurría ella iba perdiendo personalidad y su cerebro se le iba secando poco a poco por la falta de uso. Nancy, la niña del cuento, añadió la madre, contemplaba a través de ese ojo mundos feroces donde los hombres matan a otros hombres, los animales se despedazan entre ellos, las mujeres engañan y lloran, los niños son retardados mentales que imitan a los animales o a los adultos, y todos ellos, hombres, mujeres, niños y animales exigen al que los observan que compren miles de cosas que no necesitan. Nancy, la que tiene tu nombre, continuó la madre, no podía comprar nada y por eso sufría terriblemente. Odiaba a sus padres por no darle todo lo que deseaba. La pobre niña fue adelgazando por perder el apetito y por no mover sus músculos; su carácter, antes alegre, se torno triste; en la escuela nadie la podía reconocer debido al cambio tan profundo que tuvo en su físico y en su modo de ser. Sus padres sufrían igual que ella y preocupados la llevaron con médicos para que la curaran. Ella no

DOS CUENTOS

quería nada más que volver al lado del monstruo. Al fin la niña murió y la madre desesperada arrojó por la ventana a quien tan villanamente terminó con la vida de su hija, Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Espero, dijo mirando a la niña, que habrás entendido la historia. Ahora vete a dormir.

Espera un poco, pidió la niña. Yo también te voy a platicar un cuento, no va a ser muy largo. Había una vez una niña, principió sin esperar a que la madre accediera a escuchar, que vivía en un gran castillo. El castillo era muy grande y muy hermoso. Nada faltaba en él, ni salones de juego, ni jardines y menos aún lacayos para que entretuvieran a la princesita. Si la pequeña tenía algún deseo sólo necesitaba manifestarlo a cualquier servidor y en el acto era cumplido. Pero la niña no era feliz. Todo el mundo la respetaba y cuidaba, pero nadie se interesaba en saber si estaba contenta o triste, en hacerle un cariño o jugar y reír con ella. Un día, siguió relatando, se le apareció una hada en forma de una brillante caja de donde brotaba música, payasos y bailarines, ratones juguetones, bellas mujeres y apuestos caballeros que se dirigían a ella platicándole un sinfín de cosas. Los primeros niños que pudo tratar ahí estaban, brincando, jugando, invitándola a que los imitase. Ya nunca más se sintió sola. Su hada le había convertido en realidad sus sueños. Desde esa fecha, la niña, que también se llama Nancy, como yo, recalcó, fue feliz. ¿Te gustó el cuento, mamá? Preguntó a su madre.

Las dos mujeres se miraron fijamente, las dos rieron y se abrazaron en medio del llanto. Desde ese día vivieron felices. La madre y la niña ahora juegan juntas, hacen costura, van de paseo y cuando están cansadas se sientan frente al aparato de televisión a contemplar algún programa divertido.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999